

A decorative gold floral border with intricate scrollwork and leaf patterns, framing the central text.

¿POR QUÉ LEER
HOY A
CASTELLANI?

Lic. Liliana Pincioli

Ale  andriæ
.org

Biblioteca de formación para católicos

“Para que yo les dé luz
Dios me dio grandes visiones”

Puestos a rastrear el nombre de Leonardo Castellani en los diversos manuales que se han ocupado de historiar la literatura argentina del siglo XX, es dable comprobar su ausencia o, en el mejor de los casos, su fugaz paso por las páginas de esos libros; fugaz paso que consiste en una mención de su nombre en una lista de autores ubicados bajo el rótulo “ensayistas católicos” o “nacionalistas”.

Sin negar ninguno de esos títulos, es necesario aclarar que el ensayo no agota la producción literaria de Castellani, aunque, por supuesto, una importante porción de sus escritos pertenece a este género que cultivó en su desempeño como periodista.

Fue también “ensayista católico” o, por mejor decir, “católico ensayista”, puesto que primó en él su profesión de fe católica y el periodismo constituyó para él un púlpito desde el cual enseñar a sus coetáneos las verdades religiosas que debían iluminar el obrar cotidiano.

Y fue también “nacionalista” porque se unió a la tarea de sus contemporáneos de “pensar la Patria” y así se sumó al número de sacerdotes –Meinvielle, Derisi, Sepich- y de laicos –los hermanos Irazusta, Ernesto Palacio, Anzoátegui, entre otros- que procuraron dar forma a un movimiento que buscaba restaurar las raíces hispánicas y católicas de la Argentina. Sin entrar en detalle acerca del lugar que ocupó Castellani en el movimiento nacionalista, porque escapa a los alcances de este trabajo, sí resulta importante atender al sentido que, según señaló Enrique Zuleta Álvarez, tenía para Castellani tal empresa:

“Castellani luchaba porque el Nacionalismo colocara en un lugar secundario su preocupación por la economía y se propusiera un programa doctrinario en el cual lo religioso gozara de una preeminencia esencial. La

Argentina debía restaurar la importancia de la Iglesia Católica, porque si bien el pueblo seguía siendo católico, el Estado había dejado de serlo y de esa falta de armonía, de esa ambigüedad, derivaba la crisis moral que luego se hacía patente en el plano de lo social y, finalmente, en las manifestaciones más superficiales de la política y la economía”.

De manera que podríamos decir que el denominador común de la actividad desarrollada por Castellani, aquello que constituyó su basamento, fue la fe. En la caracterización que de sí mismo hace uno de sus personajes, Desiderio Fierro y Cruz, en el que se detecta un acentuado autobiografismo, hallamos las notas identitarias del autor:

“Yo fui religioso o monje
o monja, vaya a saber-
y digo así porque ayer
fui poeta y periodista
y siempre tiene un artista
algo o mucho de mujer”.

Fue Leonardo Castellani religioso, poeta y periodista. Es decir, desarrolló junto a su vocación religiosa como sacerdote católico su vocación o talento artístico como escritor. Escritor no sólo de ensayos ni sólo acerca de temas filosóficos o políticos, tal como llevaría a pensar su entrada en los manuales de literatura, sino autor de una vasta obra que comprende escritos filosóficos, exegéticos, literarios, políticos...todo esto entremezclado, combinado, amalgamado y siempre tutelado por la teología católica.

Su obra publicada comprende alrededor de sesenta libros, además de algunas obras escritas en colaboración, prólogos y anotaciones a libros de terceros, traducciones. Pero aun existe un número importante de obras inéditas en poder del “Instituto Padre Leonardo Castellani”, instituto que

desde hace alrededor de quince años se ocupa de preparar y publicar las obras hasta entonces inéditas y de reeditar títulos agotados bajo el sello editorial “Ediciones Jauja”.

Estas obras incluyen textos literarios: cuento, novela, lírica, ensayo, biografía, fábula, drama, crítica literaria; textos exegéticos y teológicos: comentario a los evangelios, homilías, catecismos, explicación de los misterios del rosario, y especialmente una serie de textos acerca del Apocalipsis y la parusía; textos sobre psicología, sobre temas filosóficos, sobre educación; compilaciones de sus artículos periodísticos, que abordan temas de toda índole: política, cultura nacional, educación, literatura.

De sus escritos podría decirse lo mismo que Borges indicaba respecto de la obra de Chesterton: “La obra de Chesterton es vastísima y no encierra una sola página que no ofrezca una felicidad” . Lo mismo sucede con Castellani: su obra es también muy vasta y su lectura produce felicidad, porque alimenta la inteligencia con una profusión de verdades y en un estilo tan “entrador”, que una vez puestos a leerlo, no se lo abandona, es más, se lo lee y relee constantemente. Y, hecha la comparación con Chesterton, no está de más agregar que Castellani ha sido señalado como “un Chesterton argentino” en la revista de la Sociedad Chestertoniana, *The Chesterton Review* . Calificativo que da cuenta de la calidad y profundidad de los escritos de Castellani.

Castellani es el tipo de intelectual rumiador, lector curioso y crítico, enamorado de la Verdad y dispuesto a encontrarla y a mostrarla en toda su obra. Para él, la literatura es vehículo de ideas, porque si bien el fin del arte consiste en la producción de un objeto bello, la Belleza es inseparable de la Verdad y del Bien. Un texto no es bello cuando no es verdadero; la suya es una poética al servicio de la Verdad. Sacerdote y escritor, se ha convertido en maestro de generaciones de intelectuales que asientan su pensamiento en la sólida roca del tomismo.

La lectura de sus obras no solamente “produce felicidad” sino que también produce “curiosidad”. Su estilo es muy peculiar: si bien escribe en un español culto, son numerosos los arcaísmos –como el recurrente uso de la preposición “de” ligada al pronombre personal o demostrativo: dél, della, dellos, destos-, los argentinismos “tilingo, maula”, la creación de vocablos. Incluye citas, a veces textuales y con referencia de autor, otras veces alusiones sin indicación de fuentes, de obras literarias universales, de la Sagrada Escritura, de los filósofos, a menudo en otras lenguas; incluye también refranes, coplas populares; abunda en alusiones a la historia pasada o reciente, digresiones filosóficas y teológicas en textos literarios, o literarias en textos filosóficos. Añade siempre un comentario jugoso, chispeante, un guiño al lector para hacerlo reír y por ese camino, hacerlo pensar. A pesar de la sólida base doctrinal, de la erudición que rezuman sus escritos, nunca es tedioso, ni agobiante: siempre entretiene, hace amena su exposición. Su labor como sacerdote y como periodista le ha dado a sus escritos un cariz dialógico: su estilo se aproxima a la oralidad, puesto que tanto la nota periodística como la homilía son textos en los que se establece un diálogo con un receptor contemporáneo; un tête à tête que se aprecia en toda la extensión de su obra: siempre da la impresión de que estamos oyéndolo.

Esas constantes alusiones, digresiones, referencias cultas, despiertan la curiosidad, invitan a querer “saber más”. La lectura de Castellani es, entonces, doblemente, provechosa: al disfrute de la obra en sí se suma el aprendizaje de verdades numerosas y el deseo de indagar y conocer los temas y autores que menciona. En especial, la lectura de sus obras conduce a leer y estudiar filosofía y a leer y estudiar las Escrituras.

En primer lugar, Castellani lleva a Santo Tomás y a la filosofía perenne. Formado desde los inicios de sus estudios en el tomismo, se alejó de la vertiente de Suárez para dirigirse a las fuentes. Pero en Castellani el tomismo no es un conjunto de principios anquilosado, sino una tradición que se debe actualizar; por eso no decimos que Castellani sabe filosofía, sino

que filosofa:

“Dicen que Santo Tomás, o bien el “tomismo” es la “philosophia perennis”. Mas una “filosofía perenne” en el sentido de un libro, un autor, o un sistema fijado de una vez por todas y omniperennevaleadero, no existe. Existe sí en el sentido de una tradición filosófica de 3000 años; que, en medio de hojarasca, escoria, hipótesis, vistas subjetivas, verdades temporales pragmáticas o históricas y aun errores de muchas clases, contiene un fondo invariable de verdades abstractas que son la conquista, la gloria y el tormento de la razón humana. Esa tradición que no es una cosa muerta, constituye para el filósofo un punto de apoyo precario que él debe actualizar y vivir, por medio de su propia especulación actuante y existente”.

Esta actividad que señala como propia del filósofo él la ejercita permanentemente. Ahora bien. En un país como el nuestro, donde la filosofía ha sido escamoteada a los estudiantes, puesto que no figura sino tímidamente en los planes de estudio de nivel medio y superior, y la filosofía circulante en los medios culturales es pseudo filosofía, más bien opinión disfrazada de ropajes filosóficos, ¿puede proponerse la lectura de este autor que insiste en el pensamiento filosófico? ¿Para qué puede servirnos, hoy, filosofar? Esta pregunta, que ya ha sido respondida oportunamente por Aristóteles, no deja de tener vigencia. Castellani ha elaborado también la suya:

“El provecho de la filosofía es que enseña a pensar, y a pensar con la puerta más alta del pensamiento; de modo que equilibra y asienta el desordenado pensamiento del hombre, por poco que en ella se ejercite” (..) “Como vivimos en el país del macaneo, con decirles que la filosofía es el antídoto del macaneo, logro mi intento” .

Leer a Castellani estimula a buscar apoderarse de los principios que él maneja con tanta soltura y que aplica a todas las realidades. La adquisición de esos principios facilita la vida cotidiana, ayuda a

comprender las realidades más altas y las más domésticas. Dice nuestro autor: “la filosofía de Santo Tomás que aprendí, se me ha convertido en una panoplia de instrumentos mentales” pero agrega (tenía ya alrededor de 70 años) “Yo siento actualmente la necesidad de leer el Evangelio, no siento la necesidad de leer la Summa”

De la filosofía, pasamos a la teología. Fe y razón no sólo no están reñidas, sino que se precisan una la otra. Al respecto, señala:

“Hay dos posiciones falsas extremas de la filosofía con respecto a la religión: una es creer que hay que elegir entre una fe irrazonada en Cristo y una filosofía separada y hostil, que no sería sino una panoplia de argumentos de la incredulidad; otra que sujeta brutalmente la filosofía a la fe haciéndola una simple suministradora de utilería dogmática, animada de una vida extranjera a ella misma. Estas dos posiciones han tenido secuaces (...) Contra esto está decir que la Verdad es una; y cualquiera sea el canal por donde ella atinge al hombre, una vez realizada no puede reñir con ella misma. El hombre que ha aceptado razonablemente la Revelación divina, entra en posesión de una serie de hechos ciertos, que ingresan así necesariamente en el campo de la especulación racional, no al mismo título de “realidades” que los hechos recibidos por sus sentidos, sino de realidades mediatas”

De entre los hechos que constituyen el depósito de la Revelación, se destacan en Castellani, por su carácter recurrente y axial, en especial la Parusía o Segunda Venida de Cristo en el fin de los tiempos, y el acceso al Reino de los Cielos. El primer tema ha sido estudiado y comentado por Castellani en obras exegéticas, como *El Apocalipsis de San Juan, Cristo ¿vuelve o no vuelve?*, *La Iglesia Patrística y la Parusía*, y aparece numerosas veces en sus ensayos, poesía y textos varios. Ha producido en especial, en torno a este tema y a los tiempos preparusíacos, las novelas de anticipación o apocalípticas *Los papeles de Benjamín Benavides*, *Su Majestad Dulcinea*, *Juan XXIII (XXIV)*. Para Castellani es imprescindible que el hombre

contemporáneo medite en este misterio.

“La enfermedad mental específica del mundo moderno es pensar que Cristo no vuelve más; o al menos, no pensar que vuelve” - señala. Contra lo que comúnmente se divulga y se cree, afirma nuestro autor:

“El Universo no es un proceso natural, como piensan los evolucionistas o naturalistas, sino que es un poema gigantesco, un poema dramático del cual Dios se ha reservado la iniciación, el nudo y el desenlace; que se llaman teológicamente Creación, Redención, Parusía. Los personajes son los albedríos humanos. Las fuerzas naturales son los maquinistas. Pero el primer actor y el director de orquesta es Dios”.

Para Castellani, el dogma de la Segunda Venida o Parusía es tan importante como el de la Primera Venida o Encarnación. Si no se entiende esto, no se entiende la historia, porque “el término de un proceso da sentido a todo el proceso”.

Como señalaba Julio Meinvielle:

“La historia no parece tener sentido mirada desde el punto de vista del hombre. Hablamos de la historia humana en su conjunto. Podrá tenerlo la historia de un hombre o de un pueblo, o de una civilización. Sin embargo, la historia debe tener un sentido desde el punto de vista de Dios, Creador y ordenador del hombre” .

Con mirada visionaria, ya hacia mediados del siglo XX se anticipa Castellani a anunciar el fenómeno de la globalización, la irrupción de un Nuevo Orden Mundial, que en diversos sitios llama “Superimperio Mundial” o “Reino Universal” y que explica como la confluencia de todos los pueblos hacia un gobierno y religión unificados; religión que describe con los rasgos característicos de la “Nueva Era”. En la base de estas transformaciones coloca el naturalismo filosófico y la confluencia de los

aparentemente contradictorios marxismo y liberalismo.

La reconstrucción imaginaria pero ceñida a la revelación de los tiempos preparusíacos, lejos de amedrentar, manifiesta la preocupación por alertar y preparar a los hombres, en especial a nosotros, los argentinos, para quienes especialmente escribe, a fin de que seamos lúcidos intérpretes de los signos de los tiempos. Pero el mensaje no se cierra en la nota apocalíptica de fin y destrucción nihilista que sí se ve a menudo en otros discursos, literarios o cinematográficos, sino que recuerda que lo más importante es, evidentemente, la Parusía o Segunda Venida de Cristo:

“No tiembles. La Verdad es volvedora”

dice como consuelo en El Libro de las oraciones .

Ligado al tema parusíaco se halla el tema del acceso al Reino de los Cielos, porque, si bien el mundo tendrá un fin dispuesto voluntariamente por Dios, no todos probablemente lleguemos a verlo en esta vida; pero sí todos vamos a pasar por el término de nuestra existencia, que la muerte es inexorable y puede ser la puerta a la Salvación eterna o a la eterna condenación.

Castellani imagina el curso de la vida hacia las postrimerías como un itinerario que se desarrolla en una embarcación que surca los mares procelosos hasta arribar, luego de múltiples obstáculos, a una isla difícil de hallar que él denomina Jauja . Con evidente influencia de los itinerarios heroicos del mundo clásico, el recorrido del héroe resulta aquí un itinerarium mentis ad Deum, movimiento del alma hacia Dios; y las Islas Afortunadas o Isla de los Bienaventurados se cristianizan para convertirse en el Reino de los Cielos.

El viaje es arriesgado. En primer lugar, no hay un mapa exacto, un recorrido bien señalado. Además el punto de llegada no es visible con

claridad: por momentos la isla parece vislumbrarse y por momentos se torna difusa o se pierde de vista. Algunos niegan que verdaderamente exista, de modo que ya, el zarpar, es un acto de arrojo; para muchos, una tontería, para algunos, un viaje interesante pero demasiado peligroso. Para embarcarse hay que desprenderse de todos los saberes y afectos mundanos: ni la ciencia humana puede explicar dónde está, ni siquiera cómo es la isla; ni los afectos humanos merecen la renuncia al viaje. El recorrido está plagado de trampas y obstáculos, de manera que hacerse a la mar no es garantía de llegada a Jauja:

“Busco la isla de Jauja, sé lo que busco y quiero
que buscaron los grandes y han encontrado pocos,
el naufragio es seguro y es la ley del crucero,
pues los que quieren verla sin naufragar son locos...
quieren llegar a ella sano y limpio el esquiife,
seca la ropa y todos los bagajes en paz,
cuando sólo se arriba lanzando al arrecife
el bote y atacando desnudo a nado el caz”.

Este poema, cuya interpretación pediría muchas páginas, es la clave de lectura de la obra de Castellani en su conjunto. En sentido literal, el poema Jauja se inserta en la literatura de viaje, un viaje en busca de una isla inexplorada e ignota. En un sentido alegórico, se trata de un itinerarium mentis ad deum, un plan de vida espiritual que este autor propone a semejanza de los caminos de perfección o ascensión espiritual de los místicos; aunque con la distinción de que son la vía purgativa y la vía iluminativa las que se recorren en este poema, y queda pendiente la unitiva para cuando el navegante arribe definitivamente a Jauja. Es claro el sentido anagógico, puesto que traza el camino de la salvación eterna que consiste, justamente, en llegar a Jauja.

“Busco la isla de Jauja de mis puertos orzando
y echando a un solo dado mi vida y mi fortuna;

La he visto muchas veces de mi puente de mando
Al sol de mediodía o a la luz de la luna.
Mis galeotes de balde me lloran. ¿Cuándo, cuándo?
Ni les perdono el remo ni les cedo el timón.
Este es el viaje eterno que es siempre comenzando
Pero el término incierto canta en mi corazón”

Con distintas modulaciones, Jauja está presente en la obra completa de Castellani, porque todo su esfuerzo como escritor está puesto en señalar el destino del hombre en este mundo y su término no casual sino providencial; el llamamiento universal a la salvación de los hombres y por ende de los pueblos en su conjunto; los peligros que se deben arrostrar, los engaños, falacias, desaciertos, errores que pueden cometer los hombres y los pueblos y por ellos desviarse de la ruta hacia Jauja. Jauja es una empresa individual y a la vez conjunta: cada uno debe lanzarse al viaje por sí mismo, pero todos tenemos que embarcarnos y las naciones que no buscan el Bien por excelencia de los ciudadanos yerran en todo lo demás. Volvemos así a las líneas iniciales de este trabajo, cuando aludimos al fondo religioso del pensamiento político de Castellani.

Conclusión:

¿Por qué, entonces, leer hoy a Castellani?

En primer lugar, porque es agradable. Lo que no es poco. La literatura de pesadilla, la literatura marginal, la visión desolada del mundo que nos proponen los textos circulantes con sus imágenes oscuras y abrumadoras termina agobiando al lector que vuelve de esas lecturas al mundo cotidiano con un pesado bagaje de desencanto. La lectura de Castellani reconcilia con la amabilidad del mundo porque llama a cada cosa por su nombre y expresa un orden cósmico que agrada a la inteligencia, puesto que *intelligentiae est ordinare*, y en la contemplación del orden creado halla alimento la inteligencia.

En segundo lugar, porque enseña mucho. Ya había declarado Aristóteles que todo hombre tiene por naturaleza inclinación al saber, apetito de la verdad. Y la abundante alusión a las verdades del hombre que recorre la obra de Castellani no solo agrada a la inteligencia sino que la nutre y la estimula al estudio. En varias oportunidades alerta contra la pululación en el mundo moderno de falsos profetas, representados por los educadores, los divulgadores de ideas –llámense periodistas, comunicadores- los políticos y otros, que en lugar de llevar a los hombres hacia la verdad procuran adoctrinarlos ideológicamente e instalar la confusión cultural, moderna Babel donde el problema no consiste en que usemos distintos términos para nombrar lo mismo, sino en que usamos los mismos vocablos pero con sentidos diversos. “Para que yo les dé luz/ Dios me dio grandes visiones” dice Desiderio Fierro, uno de sus alter ego.

En tercer lugar, porque es un escritor argentino contemporáneo, que tiene un mensaje especialmente destinado a los argentinos, porque pensó la Patria y aplicó a su realidad toda, los principios filosóficos que estudió y contempló oportunamente. Con singular clarividencia señaló los problemas de nuestro país y propuso soluciones.

Finalmente, porque el viaje que él emprendió a Jauja se nos presenta atrayente y cautivador, y aunque nos lo mostró arriesgado, y su biografía da cuenta de cuánto lo fue para él, podemos aplicarle al mismo Castellani los últimos versos del poema Jauja que él dedicó a Kierkegaard y que nos alienta a seguirlo en su recorrido:

“Gracias te doy Dios mío que me diste un hermano
que aunque sea invisible me acompaña y espera,

.....

y se ve por la pinta del fraseo baqueano
que él llegó, que él llegó”.

Prof. Lic. Liliana Beatriz Pinciroli de Caratti.